

UN FLANEUR EN NUEVA YORK Y HOLANDA: JACINTO MIQUELARENA¹

Juan A. RÍOS CARRATALÁ

Universidad de Alicante

RESUMEN

La obra literaria del periodista Jacinto Miquelarena es heterogénea y desigual, pero con el común denominador del humor y la aspiración a una prosa sencilla, ágil y concisa. Su condición de viajero y corresponsal le llevó a vivir en varios países. Las dos obras analizadas, *El gusto de Holanda* (1929) y *Pero ellos no tienen bananas* (1930), forman parte de la literatura de viajes de la época y muestran el contraste entre dos países (U.S.A. y Holanda) que simbolizan la modernidad y una España que, con independencia de las ideologías, había quedado anticuada para una generación donde surgen voces a favor del cosmopolitismo.

Palabras clave: Jacinto Miquelarena. Literatura de viajes. Periodismo. Nueva York. Holanda.

ABSTRACT

The literary work of journalist Jacinto Miquelarena is heterogeneous and uneven, but with the common denominator of humour and the desire for a simple, agile

1. Este artículo se basa en uno de los apartados del capítulo «Jacinto Miquelarena: sportman y viajero» de *Hojas volanderas. Periodistas y escritores en tiempos de República*, Sevilla, Renacimiento, 2011. La monografía reconstruye la trayectoria de cuatro periodistas y escritores: Jacinto Miquelarena, León Vidaller, José Luis Salado y Mateo Santos. El primero apenas cuenta con una bibliografía crítica acorde con su obra y algunos artículos, como el reeditado en el volumen de José M^a Martínez Cachero (2009), quedan parcialmente obsoletos a la luz de una documentación periodística hasta el momento no utilizada. La tesis de Leticia Zaldivar Miquelarena, *Vida y obra de Jacinto Miquelarena* (Universidad de Zaragoza, 2010) no ha podido ser consultada por falta de consentimiento de la autora.

and concise prose. As a traveller and a correspondent he lived in several countries. The two works analyzed, *Gusto de Holanda* (1929) and *Pero ellos no tienen bananas* (1930), are part of the travel literature of the time and show the contrast between two countries (USA and Holland) that symbolize modernity, however Spain, regardless of ideology, had become outdated for a generation where there are voices in favour of cosmopolitanism.

Keywords: Jacinto Miquelarena. Travel literature. Journalism. New York. Holland.

«Hay dos ingleses. El de ellos y el nuestro.
El nuestro es ese inglés consolador que se
entiende. No cabe duda que es mucho más
universal que el suyo. El de ellos es un inglés
lleno de nieblas patrióticas» (1931:152).

La lectura de las crónicas de Julio Camba escritas a raíz de sus viajes a Estados Unidos –*Un año en el otro mundo* (1917) y, especialmente, *La ciudad automática* (1932)– anima a leer un volumen de título singular: ...*Pero ellos no tienen bananas* (*El viaje a Nueva York*), de Jacinto Miquelarena. Esta recopilación de instantáneas acerca de lo sorprendente o curioso durante su estancia de dos meses en la capital norteamericana fue preparada en Bilbao, entre agosto y septiembre de 1929. El resultado de la intersección entre crónica periodística y libro de viaje llama la atención por la frescura del estilo. El autor opta por la brevedad para resaltar dos rasgos que le caracterizan: el ingenio y la precisión. Esa opción la justificaría mediante un sencillo razonamiento: «Con la pluma conviene ser breve. Al pensar que se puede robar tiempo a los amigos se escribe concisamente y luego sobran energías para eliminar la mitad de lo escrito» (*ABC*, 15-VIII-1962). Jacinto Miquelarena considera que la brevedad es positiva y más todavía cuando, en la posguerra, llegaron las restricciones de papel:

¡Ahora es cuando vamos a escribir de verdad los escritores españoles! A cultivar el producto. A trabajarlo. El Estado dispone que el papel que haya sea aprovechado inteligentemente. Y ofrece terrenos reducidos. Esto nos obligará a decidimos por uno de los tres adjetivos que solíamos enganchar, como un tren, a cada uno de los sustantivos; es posible que hasta nos convenza de que cuando el sustantivo es certero –y todo es cuestión de molestarse en buscarlo–, no necesita más para echarse al mundo como un hombre completo (*ABC*, 5-XI-1939).

El 22 de enero de 1950, otro propagandista anuncia que «el racionamiento evita enfermedades» (*La Voz de Galicia*). La autarquía fue un tiempo de arbitristas con un optimismo a prueba de miserias y escasez, de papel o alimentos. Jacinto Miquelarena apostó por la brevedad en cualquier manifestación

creativa: «El *trailer* de una película siempre es mejor que la película. Todos sabemos que las películas se hacen cogiendo un *trailer* y multiplicándole por metros y metros de bostezo» (ABC, 3-XI-1939). El vasco se suma así a una tendencia generalizada entre los renovadores del humor y sigue la recomendación del maestro Julio Camba: «¡Desconfíe el lector de los artículos largos! Cuando un periodista tiene algo que decir, le bastan con veinte líneas. Si lleva tres columnas, es que no dice nada absolutamente» (El Mundo, 26-XI-1909). La diferencia radica en que Jacinto Miquelarena condujo a menudo la brevedad hasta los extremos del aforismo o el apunte, mientras que «El solitario del Palace» nunca renunció al desarrollo de unos artículos donde la concisión era compatible con la profundidad. El bilbaíno buscaba el rasgo de ingenio o la chispa, mientras que Julio Camba acompañaba con ingenio una observación cuya brevedad abría paso a las paradojas del humor.

Desde el inicio de la travesía de ocho días en el trasatlántico *La Savoie*, en un ambiente de lujo y glamour, hasta la llegada al hotel de Nueva York («estoy encantado porque todo funciona aquí», 57), la experiencia seduce al autor. Jacinto Miquelarena muestra en ...*Pero ellos no tienen bananas* el deseo de sumarse a la modernidad de una sociedad que contrasta con la española. El espíritu generacional del bilbaíno había dejado atrás el complejo de inferioridad de los pueblos enfermos y envejecidos, «los latinos», frente a la pujanza de los anglosajones. El pesimismo que recorre una obra como la del pedagogo Edmond Demolins (*A quoi tient la supériorité des anglo-saxons?*, 1897), traducida al español en 1899 con un prefacio de Santiago Alba, pertenece a una época de lamentaciones ya superada. Jacinto Miquelarena no comparte el gesto adusto de los partidarios de Joaquín Costa. Tampoco el regeneracionismo finisecular preocupado por el anacronismo del sistema educativo, la carencia de higiene colectiva o la tendencia al parasitismo de una clase media sin espíritu emprendedor. El periodista no aspira a la trascendencia o «el dolor» al servicio de los compatriotas. La realidad nacional deja de ser un «problema» fruto del secular atraso o la decadencia y el autor, joven y optimista, muestra curiosidad por las novedades que considera al alcance de la mano. Su disfrute es un motivo de satisfacción que comunica a los lectores sin necesidad de justificaciones ni demasiadas explicaciones. Esta actitud determina que sus observaciones no se centren en cuestiones de calado, sino en las perceptibles para un viajero atento a la sorpresa. La misma puede surgir en cualquier ámbito porque la mirada del periodista se deja llevar por el azar, sin un plan premeditado ni jerarquizado que encauce la subjetividad del observador. A veces, la sorpresa se produce por los hábitos horarios y gastronómicos de los norteamericanos:

Jornada continua de ocho horas: nueve de la mañana a cinco de la tarde. Media hora para el *lunch* rápido: huevos cocidos, carne, dulce, té o café, en el *child* más cercano o en los automáticos o en los restaurantes de ayúdese usted mismo, organizados para que sea usted su propio camarero y para que le taladren a usted el ticket como en los trenes (78).

La observación de Jacinto Miquelarena ejemplifica uno de los principios de Julio Camba, con quien compartía el interés por la gastronomía: «Yo no comprendo bien a la gente mientras no la veo comer» (1939: 12). El aserto del periodista daría lugar a numerosos artículos y libros como *La casa de Lúculo o el arte de comer*, maravillosamente reeditado por la Fundación Wellington (2004). Su colega y degustador de arroces Wenceslao Fernández Flores también pensaba, por entonces, que «una persona medianamente observadora puede juzgar a las demás, sin temor a grandes equivocaciones, tan sólo por saber lo que come» (1919: 159). Y recomendaba a los viajeros que se fijaran «en cuáles son los platos favoritos en las distintas naciones, en las distintas comarcas» para comprobar su «relación íntima» con «la psicología de sus habitantes». La elegancia del humor nunca abandonó al autor gallego y su campaña contra el cocido –«es, sencillamente, una cosa nefasta. A él se debe una enorme parte de los males que nos aquejan» (*ibid.*)– fue digna de un dandi sin agobios por los males de la patria.

En otras ocasiones, la diferencia de nivel de vida percibida por Jacinto Miquelarena durante su viaje es el motivo del contraste entre los españoles y los norteamericanos. La constatación no deriva en lamentaciones ni en alardes patriotas, con sus correspondientes motivos compensatorios, del periodista bilbaíno. Su observación es un dato, expuesto con la rotundidad estadística de quien no pretende averiguar la realidad más allá de lo consultable en un periódico o un folleto:

Un ingeniero, un abogado, un publicista, un barrendero... viven dos veces mejor que sus reflejos gremiales de Inglaterra; cuatro veces mejor que los de Francia y Alemania, siete veces mejor que los de Italia; diez veces mejor que los de España (93).

La pujanza de Estados Unidos marcaba la pauta. José Moreno Villa en *Pruebas de Nueva York* (1927), publicadas en *El Sol*, la sintetizó en tres conceptos: energía, esfuerzo y eficiencia (1989: 47). Los corresponsales de *ABC* compartirían esta afirmación del poeta y pintor republicano, mientras se debatían entre la admiración y el rechazo de la nueva civilización: «Nos atrae porque uno no puede vivir al margen del tiempo, y nos rechaza por la estupidez enorme del tiempo en que le ha tocado a uno vivir» (Camba, 1934: 5). La actitud deportiva de Jacinto Miquelarena era compatible con la duda acerca de lo

observado, pero nunca le condujo a la melancolía de su colega de redacción. Todavía más lejos quedaban la dureza y la desolación de algunas imágenes lorquianas de *Poeta en Nueva York* (1929-1930).

Julio Camba lamentó la «mecanización» de una megalópolis donde «no hay manera de perder el tiempo» ni pasear flaneando, porque «Nueva York, más que una ciudad, es una fábrica gigantesca» (1947: 67)². Las consecuencias: «la estandarización contra la diferenciación, la masa contra el individuo, la cantidad contra la calidad, el automatismo contra la inteligencia» (1934: 147). Jacinto Miquelarena comparte el agobio de observar «las muchedumbres en las aceras, con un ritmo acelerado y un poco brutal». El tráfico es tan denso y vibrante que la calle parece «una serpiente enfurecida», «envuelta en un vaho de clamores» (65). El periodista describe al americano como «un organismo ametrallado por el motor y la máquina de escribir, herido por la trepidación, picado por las cifras, excitado por la lucha diaria con su propio transporte» (p. 94). Esta mecanización aturde al socialista Luis Araquistain –«la primera impresión de los Estados Unidos es de aturdimiento» (1920: 33)– y Julio Camba la rechaza porque se opone a su ritmo vital de español. También a un espíritu donde, como afirmara Josep Plá, el ocio constituye la base de la civilización: «La pereza es el humus de la vida intelectual» (2002: 886).

Jacinto Miquelarena traslada el concepto de la mecanización, reiterado por los españoles que visitaron la capital norteamericana, a su especialización como periodista y, sin salir de Nueva York, considera que «toda la vida americana es deportiva» (84) en el sentido de competitiva. La observación la concreta en realidades dispares como la lucha por sentarse en el metro³ o la valoración de los individuos por su dinero. Son apuntes carentes de la coherencia interpretativa aportada por Julio Camba o Luis Araquistain. Sin embargo, el bilbaíno admite esa actitud deportiva de los norteamericanos como un signo de modernidad. Su aceptación resulta irremediable para cualquier otro país

2. Su primer libro dedicado a USA comienza así: «¿Cómo no habían de producirme una mala impresión los Estados Unidos? Fuera de la mecánica, apenas si existe allí nada verdaderamente importante» (1947: 9). El comienzo de *La ciudad automática* explica la razón de su insistencia en abordar lo rechazado: «Nueva York es una ciudad que me irrita, pero que me atrae de un modo irresistible, y cuanto más me doy cuenta de lo que me atrae, a sabiendas de lo que me irrita, me irrita, naturalmente, muchísimo más todavía» (1934: 5). José Moreno Villa compartió la opinión de su colega: «Nueva York se entrega al mecanicismo» (1989: 16).

3. «Yo no he logrado todavía sentarme en el *sub-way*. Sospecho que debe ser difícil y que se precisa para ello una cualidad atlética extraordinaria. Todos los ejemplares humanos que he visto sentados en el *subway* ofrecen una fiera de gesto y una abundancia de elementos musculares de primera clase» (1930: 84).

con pretensión de contar en el concierto internacional. El periodista compartiría la afirmación de Ramón Pérez de Ayala en 1914: el norteamericano es «el pueblo que encierra en sí más capacidad de futuro» (1959: 91)⁴.

Jacinto Miquelarena amaba el deporte al mismo tiempo que rechazaba la vulgaridad de su conversión en un fenómeno de masas. Los reparos puestos a una «vida deportiva» como la neoyorkina evidencian su clasismo de caballero elegante. Al igual que Julio Camba, el autor vasco lamenta el predominio de lo material: «Parece que se ha llegado a la convicción de que solamente los intereses de progreso material son los de la época. Lo demás es de museo» (90). José Moreno Villa, ante esta misma constatación, había mostrado su orgullo poco antes: «Prefiero paladear la vida y comunicar su grandeza y complejidad a los otros, aunque me falten dólares; prefiero morir de cerveza, a morir de traqueteo; prefiero ser hidalgo de migajas, y mucho tiempo, a ser ganapán desriñonado y con oro» (1989: 33). En estas palabras se percibe la herida de la circunstancia sentimental que llevó al poeta malagueño a Nueva York y quedó reflejada en su autobiografía: *Vida en claro* (1944)⁵. El periodista bilbaíno estaría de acuerdo en lo fundamental con su colega de *El Sol*. Sin embargo, aparte del idealismo, echa de menos en la vida norteamericana aspectos concretos del confort, como la atención a la gastronomía y la posibilidad de disponer de servicio doméstico. El humor del comentario evoca una conversación entre caballeros mantenida en el marco distendido de una alta comedia: «Necesitaría ser millonario. Buscando mucho, mucho, todavía es posible encontrar alguna negra vieja que no sienta la necesidad de jugar al tenis ni pretenda aprender el violín en un conservatorio. Pero, ¿dónde está?» (86).

El periodista vasco se burlaba de los panegíricos de su «raza». Mientras otros indagaban en la cultura euscalduna, abrió sus ojos de viajero ávido de novedades para elogiar a los negros neoyorkinos que, según Federico García Lorca, «patinan lúbricos por agua y arenas/ gustando la amarga frescura de su milenaria saliva» (1981: 136). José Moreno Villa descubría por entonces los

4. Ramón Pérez de Ayala completaba así la afirmación: «o, lo que es lo mismo, que mejor representa el sentido de la civilización, esto es, que tiene más contenido histórico, aun cuando carezca de historia pragmática y de gestas heroicas». No obstante, es improbable que Jacinto Miquelarena disfrutara con las crónicas del asturiano sobre cuanto «ejemplar y provechoso para España» (17) había encontrado en Estados Unidos. Hay un abismo generacional y estilístico entre las crónicas de Ramón Pérez de Ayala para *El Imparcial* y *El Sol* y las escritas por el corresponsal de ABC.

5. La frustrada relación de José Moreno Villa con una joven norteamericana es una de las fuentes de inspiración de *La noche de los tiempos*, de Antonio Muñoz Molina (Barcelona, Seix Barral, 2009). Ramón Pérez de Ayala también viajó a Estados Unidos con fines matrimoniales después de conocer a una norteamericana en «la depurada y divina Florencia» (1959: 15).

encantos del jazz, Julio Camba presentaba las noches de Harlem como válvula de escape del puritanismo de la ciudad automática (1934: 29) y su colega, menos dado a lo interpretativo, creía que el negro, el saxofón y el ukelele eran los «elementos fundamentales en la vida divertida» de Nueva York (1930: 157). Al bilbaíno le maravillaba el ritmo hasta en el andar y la voz de los negros: «caliente, serena, evocadora, dulce, una voz más musical que ninguna» (1930: 111).

Jacinto Miquelarena rechazó cualquier muestra de racismo (1931: 81-87) antes de caer en el antisemitismo y simpatizar con las huestes de Hitler. Cómodo y seguro mientras viajaba, ejercía de *flâneur* y veía las otras razas como una curiosidad variopinta. El periodista no era millonario en el país de los dólares; ni siquiera encontró en Harlem esa «negra vieja» sin pretensiones, supuestamente impropias, de su condición social y género. Pero vivió feliz, anotando sorpresas de una modernidad que nunca le arrastró porque un colaborador de *ABC* debía preservar las esencias de un caballero español.

Juan Ramón Jiménez, a lo largo del viaje desde Nueva York hasta Philadelphia en su calidad de «poeta reciencasado», se sintió atraído por los cementerios: «El mayor atractivo de América es el encanto de sus cementerios sentidos, sin vallas, cercanos, verdadera ciudad poética de cada ciudad, que atan con su paz amena y cantada de pájaros, en medio de la vida, más que los jardines públicos, que los puertos, que los museos...» (1998: 209). El poeta los consideraba una inscripción de eternidad en la fugaz escritura de la cotidianidad urbana (Cañas, 1994: 150) y los visitó incluso cuando paseó por Broadway, en la primavera de 1916. Esta exquisitez del lírico se corresponde con su malestar por los anuncios luminosos («mareantes de colorines») que, junto a los rascacielos de Manhattan, le impedían contemplar el cielo y la luna:

El Cerdo, que baila, verde todo, saludando con su sombrero de paja, a derecha e izquierda. La Botella, que despide, en muda detonación, su corcho colorado, contra un sol con bocas y ojos. La Pantorrilla eléctrica, que baila sola y loca, como el rabo separado de una salamanquesa. El Escocés, que enseña y esconde su whisky con reflejos blancos. La Fuente, de aguas malvas y naranjas, por cuyo chorro pasan, como en una culebra, prominencias y valles ondulantes de sol y luto, eslabones de oro y hierro (que trenza un chorro de luz y otro de sombra...). El Libro, que ilumina y apaga las imbecilidades sucesivas de su dueño. El Navío, que, a cada instante, al encenderse, parte cabeceando, hacia su misma cárcel, para encallar al instante en la sombra... Y... (1998: 182).

La exquisitez de Juan Ramón Jiménez le aleja de «la literatura de viajes con perfume de *wagon-lit*, con ese olor de los andenes, que es, apurando un poco

el concepto, como la fragancia melancólica en que se concretan y condensan todos los adioses», según José Luis Salado (*La Tierra*, 23-II-1930). El poeta aspiraba a recrear fragancias más sutiles que las imaginadas por los lectores de un periódico oscense. La sensibilidad de Jacinto Miquelarena buscaba estímulos poco habituales en la prensa de provincias. Su concepto de la elegancia necesitaba una concreción alejada de lo espiritual. El periodista vasco compartiría con el poeta andaluz el rechazo ante la vulgaridad y el artificio de «la pantorrilla eléctrica». La gracia de su mecánico movimiento les resultaría pueril, como otras manifestaciones de una cultura carente del peso de la tradición y volcada en el consumismo de las mayorías sociales. Sin embargo, mientras el de Moguer acabó frecuentando los cementerios donde la belleza vencía a la muerte, el de Bilbao conoció durante su estancia en Nueva York lugares bien distintos.

El placer gastronómico debía ser completado por el viajero con otros basados en el ejercicio de la galantería. Un refinado menú exigía la compañía de una mujer cuya modernidad sería cuestión de gustos, modas y actitudes ante el amor. El periodista bilbaíno apenas se sentiría cómodo con un modelo femenino, el de «La American Girl» tan seductor para Julio Camba, que desde la finalización de la I Guerra Mundial deshacía ataduras al hombre o al hogar. Los cambios sociales o culturales protagonizados por el feminismo se tornaban en signos apocalípticos cuando cuestionaban privilegios. Según Jacinto Miquelarena, el norteamericano estaba «empequeñecido por la arrogancia y la independencia de la mujer» (157), cuyo emancipado comportamiento contrastaba con el habitual entre las españolas. Julio Camba, caballero y soltero vocacional durante un largo período, también se alarmó: «Si la esclavitud de la mujer en algunos pueblos de Europa constituye una vergüenza, no es menos vergonzosa la esclavitud de los hombres en los Estados Unidos» (1947: 33). Incluso José Moreno Villa, más liberal aunque igualmente soltero, lamentaba que la mujer americana quisiera «un marido que sea fuerte entre los hombres y débil ante ella; débil ante su voluntad» (1989: 18). El socialista Luis Araquistain sintetizaba el temor de aquellos varones en una exclamación: «¡Melancólico futuro espera a los hombres!» (1920: 130).

La brevedad de los artículos subraya a menudo la exageración, la presentación sin matices y desde una contemporaneidad que tan superada ha quedado con el paso del tiempo. La mentalidad de estos periodistas, incluso la del poeta, rechazaba o temía la liberación femenina. Su concreción en el trabajo o el hogar distaba de la provechosa combinación de belleza, estulticia y picardía que encarna Lorelei Lee en *Los caballeros las prefieren rubias* (1925), de Anita Loos. Esa esclavitud podía ser ruinosa para los caballeros con pretensiones de

galanes, pero las «rubias» al menos se hacían perdonar gracias a un mohín de aparente ingenuidad. La precaución en el trato con las norteamericanas era conveniente para evitar peligros. El atractivo de su hermosura –«¿Parecerá un exceso de lisonja masculina la declaración de que lo más interesante y sugestivo de los Estados Unidos es la mujer norteamericana?» (Arasquitain, 1920: 131)– tenía un precio.

El periodista vasco sorteó esta amenaza de «esclavitud» varonil y nunca perdió la ironía a la hora de sorprenderse con novedades que ni siquiera imaginaba posibles en su país: «Los americanos han inventado los parques de atracciones como escuela de serenidad y escepticismo [...] Inventar un negocio –un gran negocio– a base de que la gente pague porque la maltraten es una cosa de genios» (106). Esta genialidad, supuestamente absurda para la mentalidad española, tampoco la entendió Julio Camba cuando descubrió el ajetreo de Coney Island: «un lugar donde cada día más de doscientas mil personas se reúnen para atropellarse ferozmente». Ambos ignoraron el carácter universal del infantilismo cuando la riqueza se reparte, con moderación, más allá de las elites.

Jacinto Miquelarena aparece como un despreocupado *flâneur* que callejea y curioseaa a sabiendas de sus limitaciones para comprender lo observado. El cronista evita lo trascendente. Su objetivo es entretener al lector, ese sujeto «ligero y frívolo» que, según Julio Camba, «quiere que le digan las cosas de una manera rápida, fácil, agradable y sin palabras alemanas». En sus libros de viaje, el periodista bilbaíno cultiva una retórica caracterizada por una experiencia descentralizada, escéptica, irónica y relativista de la diversidad cultural. La curiosidad del viajero había templado el fundamentalismo del terruño. Asimismo, Jacinto Miquelarena rechaza cualquier disquisición y hace gala de realismo cuando evita dar una visión global del país que sólo conoce de manera fragmentaria. Tampoco ofrece la valoración de sus habitantes:

Lo que no se puede escribir nunca de una ciudad es el capítulo 'Carácter de los nativos'. Ni aunque se haya estado sólo unas horas en esa ciudad. Porque el capítulo se escribe siempre sobre la impresión que nos ha producido el maletero (1931: 27).

El periodista vasco ni siquiera aborda los temas por su importancia intrínseca, sino en la medida que le interesan y llaman la atención como viajero. Jacinto Miquelarena escribe sobre la elección del presidente de EEUU porque su actualidad era insoslayable, pero obvia cualquier referencia a la crisis económica y social iniciada en 1929. El drama de la aurora de Nueva York, con sus «cuatro columnas de cieno» del verso lorquiano, queda oculto. La sensibilidad del vasco nunca incluyó una cuestión social que le resbalaba por aburrida,

al igual que a sus lectores. Tampoco comentó el empeño de la casa Ford para poner el automóvil al alcance de las familias. La revolucionaria idea por entonces maravillaba a su colega José Luis Salado: «un automóvil siembra la alegría en el espíritu» (*El Avisador Numantino*, 24-XII-1927). El cronista opta por la subjetividad de las preferencias y comparte así sus experiencias con los asiduos de *ABC*, sin abdicar de una condición, la del viajero, que asocia con el asombro de un primer encuentro:

No hay manera de obtener la impresión certera de una ciudad con una larga permanencia en ella. Los contrastes van dulcificándose y ya no los vemos. Nosotros acabamos por alinearnos en la muchedumbre y adaptarnos a su ritmo. Desaparece la sorpresa.

Una ciudad sólo puede verse bien a contrapelo, con virginidad de espectador. Sin amigos. A la aventura...

Si yo hubiese vivido un año en Nueva York no hubiera podido escribir un libro sobre Nueva York, por exceso de familiaridad. Unos días me bastaron para comprender que no debía permanecer más tiempo allí (1931: 23).

Jacinto Miquelarena había callejeado por «la ciudad de la velocidad y el estrépito» (Julio Camba) sin sobrepasar los límites de su observación, poco dada a lo trascendente y la documentación con afán demostrativo. Esta actitud también se percibe en *El gusto de Holanda*, un breve volumen que recopila instantáneas, aforismos y comentarios acerca de un país donde «todo es limpio, nuevo, flamante» (1929: 44)⁶. «Holanda sonrío siempre» (34) y el viajero disfruta durante dos meses de sorpresas agradables: la sobria elegancia de sus habitantes, la tranquilidad de las calles, la perfección y la delicadeza del servicio en los restaurantes y, sobre todo, las muchachas que nadan en maillot de dos piezas, besan sin temor y «buscan de una manera instintiva el amor, sin complicaciones; no miran al hombre como a un adversario en la vida. Un saludo en la calle, un té y un jardín: el amor florece» (26).

Wenceslao Fernández Flórez no compartió esta idílica imagen cuando visitó Holanda en 1929, pocos meses después que su colega. Su libro de viajes es más convencional, pero permanece atento a las contradicciones de un país admirado por múltiples motivos. El periodista gallego también escribió sobre el orden, la pujanza, la limpieza, el sentido práctico, el bienestar, la gastronomía y la belleza de una Holanda tan distinta a España, pero percibió la influencia negativa de la religión en un puritanismo que abarcaba cualquier ámbito

6. El motivo del viaje a Holanda sería la celebración de los IX Juegos Olímpicos en Ámsterdam durante el verano de 1928, aunque en el volumen no se da noticias de los mismos. El interés del autor por los aforismos y las frases ingeniosas le llevó a recopilar, en 1951, *El lenguaje del amor y las mil y una frases peregrinas* para la colección Crisol, de Aguilar.

de la cotidianidad: «La moral holandesa es angosta, sombría e incómoda» (1932: 292). Incluso propone colocar un cartel en la frontera: «Nación para familias y señores formales de más de cincuenta años. Abierta de ocho de la mañana a seis de la tarde. Se prohíbe bailar los domingos» (1932: 293). Wenceslao Fernández Flórez no contemplaría a las mismas muchachas en maillot de dos piezas o, al menos, moderaría su entusiasmo a la hora de valorar e interpretar esa imagen. El *flâneur* vasco se consideraba exento de la obligación de ponderar el atractivo de lo contemplado con despreocupación, pero el viajero en calidad de periodista debía informar a sus lectores, aunque fuera con el humor de quien reconoce la inferioridad de su país ante «la máquina humana» de Holanda:

La máquina humana de esta organización social es la que impresiona mi atención de español acostumbrado al gobierno de la Providencia, de súbdito de un país donde a todas horas parece que se ha dado la voz de sálvese el que pueda, y la autoridad es vanidad, y la riqueza huele sospechosamente a botín, y donde detrás de los rótulos más pomposos casi nunca hay nada (1932: 274)⁷.

Jacinto Miquelarena nunca mostró esta vena regeneracionista de su colega gallego, aunque en algunos aspectos quedara implícita gracias a su admiración por un país que le sedujo con su belleza y armonía: la naturalidad de un saludo, un té en un jardín y un amor que florece. Esta elegancia la apreciaba un caballero que, como su colega Julio Camba, huía del anacrónico convencionalismo de España en materia amorosa, tanto como de la mecanización norteamericana que había sustituido el amor por el *fox-trot* y el *one step*. La admiración por la naturalidad se corresponde con el rechazo de los atavismos morales y la defensa, sin retórica, de fenómenos como el desnudismo. La encontramos en varios de sus artículos publicados a principios de los años treinta. La consecuencia:

La moral, por lo visto, no responde a principios inmutables. Se deforma, ensancha sus límites. Con un poco de malhumor acaba por aceptarlo casi todo. Y se diría que no se equivoca [Hermann Graf] Keyserling cuando asegura que lo inmoral no es sino un estado transitorio hacia una moral nueva (71).

El filósofo alemán era admirado, y citado, por los amantes de los proverbios. Estos lectores no solían disfrutar con las obras densas de centenares de páginas. También los nazis defendieron el desnudismo mientras pensaban en

7. Wenceslao Fernández Flórez completa así esta reflexión: «Creo que cada español vale mucho, y la suma de los españoles poco, paradójicamente. Nuestra inferioridad con respecto a otros países no consiste en el individuo, sino en la organización de estos individuos. Somos un conjunto de buenos elementos que funcionan muy mal» (1932: 262).

una moral nueva, pero en estos relatos de viajes encontramos a un Jacinto Miquelarena hedonista, tolerante y dispuesto a ser sorprendido. No se sentía amenazado como miembro de una minoría selecta. La seguridad le permitía mantener el equilibrio de la elegancia y el humor. Sus viajes eran un motivo de disfrute a compartir con el lector. El periodista evita lo trascendental y su tendencia al aforismo encuentra suficientes motivos en la observación de un país distinto al suyo, aquella España tremenda sintetizada en una frase de su amigo Pedro Mourlane Michelena que acabaría siendo popular: «¡Qué país, Miquelarena!» (Campmany, 1994).

El corresponsal de ABC rechaza el «dicentismo» –pensaría en el drama *Juan José* (1895) de Joaquín Dicenta– y el casticismo. Le molesta la cultura popular con aires reivindicativos, así como una tradición que contrapone a los rascacielos y otras muestras del Madrid «chicaquista», de Chicago, que anhela ver como promesa de futuro (1931:111). Jacinto Miquelarena argumenta sobre la oferta turística completada con la gastronómica⁸, lamenta algunas costumbres de sus compatriotas y se queja de su soledad de viajero: «El español que viaje por Europa siempre va en singular» (1929: 84).

El periodista bilbaíno ejerce de señorito cosmopolita en USA, el país que protagoniza un período histórico abierto a los cambios. La novedad, curiosa y circunstancial, le satisface con un optimismo generacional, pero pronto acarrea también cambios en lo considerado como inmutable por afectar al orden social y económico. La respuesta de algunos elegantes fue un cambio de actitud para buscar el amparo del autoritarismo. Al igual que sucediera con varios de sus colegas, en Jacinto Miquelarena prevaleció el miedo a perder privilegios. La II República, para ellos, se convirtió en una amenaza de «los marxistas». La reacción del grupo fue radical, también violenta hasta el punto de olvidar la elegancia de aquellos años veinte, cuando ser modernos y viajeros resultaba menos comprometido.

8. Sus viajes por Francia le proporcionaron más oportunidades de gozar en este sentido: «Me he emocionado dulcemente visitando en Camembert la estatua elevada a la mujer que ha inventado el queso Camembert. Tendrían que ser las ostras un producto de factoría para que se haya fabricado en el mundo una cosa más genial» (1931:149).

BIBLIOGRAFÍA

- ARAQUISTAIN, Luis (1920), *El peligro yanqui*, Valencia, Sempere.
- CAMBA, Julio (1934), *La ciudad automática*, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1947), *Un año en el otro mundo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- CAMPANY, Jaime (1994), «¡Qué país, Miquelarena!», *ABC*, 26-II-1994.
- CAÑAS, Dionisio (1994), *El poeta y la ciudad. Nueva York y los escritores hispanos*, Madrid, Cátedra.
- FERNÁNDEZ FLOREZ, Wenceslao (1932), «Holanda», en *La conquista del horizonte. Viajes*, II, Madrid, Pueyo, pp. 167-298.
- GARCÍA LORCA, Federico (1981), *Poeta en Nueva York. Tierra y Luna*, ed. Eutimio Martín, Barcelona, Ariel.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1998), *Diario de un poeta recién casado*, Madrid, Cátedra.
- MARTÍNEZ CACHERO, José M^a (2009), *Liras entre lanzas. Historia de la literatura 'nacional' en la Guerra Civil*, Madrid, Castalia.
- MIQUELARENA, Jacinto (1929), *El gusto de Holanda*, Madrid, Espasa-Calpe. Reed.: Madrid, La Novela del Sábado, n^o 28, 1939.
- MIQUELARENA, Jacinto (1930), *...Pero ellos no tienen bananas (El viaje a Nueva York)*, Madrid, Espasa-Calpe.
- MIQUELARENA, Jacinto (1931), *Veintitrés*, Madrid, Espasa-Calpe.
- MORENO VILLA, José (1976), *Vida en claro*, México, FCE. 1^a ed., 1944.
- MORENO VILLA, José (1989), *Pruebas de Nueva York*, Valencia, Pre-Textos. 1^a ed., 1927.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1959), *El país del futuro. Mis viajes a Estados Unidos (1913-1914/1919-1920)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- PLÁ, Josep (2002), *Dietarios*, I, Madrid, Espasa-Calpe.
- RÍOS CARRATALÁ, Juan A. (2011), *Hojas volanderas. Escritores y periodistas en tiempos de República*, Sevilla, Renacimiento.

Fecha de recepción: 22-12-2011

Fecha de aceptación: 30-4-2012